

COSTES DE TRANSACCIÓN VS COSTES DE JERARQUÍA EN LA PROVISIÓN DE BIENES: UNA INTERPRETACIÓN DE LA TEORÍA SMITHIANA *

ESTRELLA TRINCADO AZNAR ^a
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

En la teoría de Adam Smith, las jerarquías económicas nunca pueden reducir los costes de transacción del mercado. Para demostrarlo, el artículo estudia la definición de libertad Smithiana, que lleva a que cualquier imposición sobre la actividad independiente y creativa sea «costosa». También explica el tratamiento del tema de la provisión de bienes privados y públicos en la Riqueza de las Naciones. Por tanto, por un lado se describe la naturaleza de la empresa, que provee bienes privados, y por otro la provisión de bienes públicos, es decir, en el caso de la teoría de Smith, las instituciones que facilitan el comercio en general y las que facilitan la instrucción del pueblo.

* Received 01/18/2007. Accepted 10/23/2007. Agradezco la ayuda y comentarios de Carlos Rodríguez Braun y Manuel Santos, los comentarios de los dos evaluadores anónimos del artículo y los de los asistentes a los siguientes congresos en los que se presentaron partes de este texto: ESHET 2007, Estrasburgo; The John Stuart Mill Bicentennial Conference, University College London, 2006; IV Encuentro de la AIHPE, 2005, Lisboa; ESHET 2005, Escocia; Eastern American Economic Association, Nueva York, 2005; ESHET 2004, Treviso, Italia, 26-29 febrero; ESHET 2002, Creta, Grecia, 14-17 marzo. Este proyecto ha sido financiado por el Proyecto del Ministerio de Ciencia y Tecnología 2004-2007, HUM2004-05983-C04-01.

^a Departamento de Historia e Instituciones Económicas I, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, Universidad Complutense de Madrid, Campus de Somosaguas, Pozuelo de Alarcón, s/n, 28224, Madrid. Correo electrónico: estrinaz@ccee.ucm.es.

Palabras clave: costes de transacción, Adam Smith, bienes públicos, jerarquía, teoría de la empresa.

ABSTRACT

In Adam's Smith theory, economic hierarchies cannot reduce market transaction costs. To demonstrate this thesis, the article studies the definition of Smithian freedom, which makes any imposition on the independent and creative activity «costly». It also explains how Adam Smith treats the topic of the provision of private and public goods in the *Wealth of the Nations*. Therefore, on the one hand, the nature of the firm, which supplies private goods, is described; on the other hand, it studies the provision of public goods, that is to say, in the case of Smith's theory, the institutions that ease trade in general and the ones that ease the instruction of the people.

Keywords: transaction costs, Adam Smith, public goods, hierarchy, the theory of the firm.

JEL Classification: B12, B31, B41.

1. INTRODUCCIÓN

1.1. Objetivos

Coase (1994, p. 9) propuso como precedente a su famosa teoría de los costes de transacción la obra de Adam Smith. Sin embargo, el sistema Smithiano no avala la idea de que el poder judicial pueda reducir los costes de transacción a través de sus decisiones. En Trincado (2004) se describe el surgimiento del poder judicial en la teoría Smithiana y cómo, según el filósofo escocés, la justicia no puede establecerse por motivaciones economicistas, sino que es la constatación de un sentimiento reflejo *a posteriori* al acto injusto. Como plantean Pack y Schliesser (2001), la justicia es un sentimiento natural de indignación en presencia de la injusticia. Aunque Coase nos proponía un ejemplo dentro del ámbito económico, el de la emisión de la moneda, para mostrar que en la teoría de Smith la acción del Estado podría supuestamente reducir los costes de transacción, en Trincado (2005a) se demuestra que tampoco en este ámbito el Estado descrito por Adam Smith sería capaz de reducir los costes de transacción. Ahora bien, en este artículo veremos cómo, en realidad, ningún tipo de jerarquía puede suplir para Smith los costes de transacción del mercado. Es decir, no son sólo las jerarquías judicial o

monetaria las que no pueden eliminar las cargas que restringen nuestra creatividad, sino la jerarquía en general ¹.

Específicamente nos centraremos en la provisión de bienes tanto privados como públicos. Para este estudio nos veremos obligados, pues, a describir de qué modo Smith investiga la naturaleza y la causa del surgimiento de la empresa que provee bienes privados al mercado, y la naturaleza y causa de los bienes públicos. En el enfoque de Smith, en una economía con costes de transacción nulos, la distinción entre bienes públicos y privados es básica para entender el papel y consecuencias de las instituciones económicas. Para Adam Smith, la ciencia económica debe presuponer el propio interés, tanto de los funcionarios que proveen bienes públicos, como de los empresarios o trabajadores que proveen bienes privados. Pero la mano invisible sólo mueve ese interés individual hacia el interés colectivo cuando el autocontrol de la competencia y la libertad de entrada permiten evitar efectos perversos en las instituciones. Ahora bien, los bienes públicos se caracterizan por carecer de ambos. En cualquier caso, el objetivo del Estado, que provee bienes públicos, no es el mismo que el del agente que provee bienes privados. Smith dedicó diez años de su vida a escribir la *Riqueza de las Naciones* precisamente para criticar al sistema mercantil ². Para él, éste consistía en un conjunto de escritos que afirmaban que la orientación de la política debe ser el poder basado en la «producción por producción»; y la «construcción del Estado», entendido éste como un mercader en competencia con otros estados-mercaderes ³. Pero para Smith, como se muestra en Haakonssen (1981) o Trincado (2004), el concepto de Estado no tiene nada que ver con el concepto de empresa; y el hombre de Estado no puede compararse con el mercader.

1.2. Costes de transacción versus costes de jerarquía

El término «costes de transacción» es ambiguo y ha variado a lo largo del tiempo. Allen and Lueck (1993) o Allen (1991) lo definen como «los

¹ El objetivo de este artículo, en cualquier caso, no es tratar la teoría de Coase, ni su tratamiento de los costes de transacción y derechos de propiedad para mostrar la importancia de la estructura institucional. Para ello ver, por ejemplo, Coase (1988). Aunque usaremos la terminología de los costes de transacción, sólo lo haremos de un modo extemporáneo para explicar cuál es la relación en la teoría de Smith entre libertad-jerarquía y productividad; y para intentar determinar si es útil la teoría de los costes de transacción para explicar el sistema Smithiano.

² Como avala su afirmación de que el panegírico que hizo de su amigo Hume le supuso más quebraderos de cabeza que todo su «violento ataque al sistema comercial inglés» [Smith (1987), p. 201, carta 251 a A. Holt de 26 octubre de 1780].

³ Perdices y Reeder (1988) afirman que Smith con la palabra «mercantilista» estaba simplificando unos escritos heterogéneos y en ocasiones con un cuerpo en conflicto.

costes de hacer cumplir y mantener los derechos de propiedad». Las transacciones tienen costes significativos de obtención de información, de negociación, de garantía del cumplimiento de las condiciones negociadas... En cualquier caso, según Allen (2000) hay dos definiciones de costes de transacción en la literatura especializada. Una se ciñe a las transacciones *de facto* en un mercado (la formulación neoclásica), y otra considera que los costes de transacción surgen cuando se establece un derecho de propiedad o éste requiere de protección (la formulación de los derechos de propiedad).

Aunque la segunda definición, más genérica, se acerca a la que utiliza Adam Smith, el derecho de propiedad según Smith es previo a las transacciones y toda transacción presupone un concepto de propiedad que no necesariamente conlleva costes, dado que se basa en un sentimiento natural.

Efectivamente, como es sabido, Smith, contradiciendo la teoría de su maestro Hutcheson, supuso que la división del trabajo —y el mercado— no es causa sino efecto de las transacciones, de manera que las transacciones se producen aún sin conciencia de los costes que éstas implicarán en un mercado especializado. La especialización no es un objeto consciente, sino un producto de voluntades particulares que no se deriva del cálculo o de la sabiduría humana. La división del trabajo es, dice Smith, la consecuencia gradual de una tendencia a persuadir y hacer transacciones que sólo poseen los hombres y que se basa en su capacidad de razonar y en el lenguaje [Smith (1978), p. 352, LJ(A), vi, 56]. Si esta tendencia natural a permutar se reprimiera, se produciría una especie de mutilación de la personalidad del hombre, incluso de su capacidad de razonar y actuar libremente —no reactivamente, no sometidos a las decisiones de otros.

Por otra parte, como plantea en sus *Lecciones de Jurisprudencia* y se muestra en Trincado (2004), el derecho de propiedad se basa en un sentimiento natural de indignación por parte del espectador de un robo. Cuando alguien está poseyendo pacíficamente un bien, o, dice Smith, coge una fruta del árbol y quiere comérsela, nos parece natural dejarle ejercer ese derecho sin que otro quiera comer «precisamente» la fruta que él arrancó (*¡cuando tiene tantas otras en el bosque!*). La indignación de un espectador en el momento en que alguien se cree con derecho a arrebatar la fruta a ese pacífico poseedor, tal vez para evitarse estirar el brazo y así poder alcanzar la rama de donde penden otros frutos, es la causa última del derecho de propiedad⁴.

⁴ En cualquier caso, «el robo no parece que naturalmente merezca un castigo muy duro; es un crimen indigno que despreciamos, pero que no crea un gran resentimiento. Sin embargo, es penado capitalmente en muchos países de Europa» [Smith (1978), p. 127, LJ (A), ii, 148]. Al no ser el castigo proporcional al daño, los derechos de propiedad que *de facto* se establecen tienden a crear resentimientos añadidos.

Pero también habríamos de definir el término «Costes de jerarquía». Utilizaremos el término jerarquía en sentido extenso, como una situación en que una persona decide y otra acata órdenes. En términos económicos, los «costes de jerarquía» incluyen los costes de crear una estructura o una organización que internalice una serie de funciones antes dispersas en múltiples relaciones de mercado⁵. La empresa como jerarquía, por ejemplo, resulta en un espacio opaco desde el punto de vista de la información que controla o normativiza unas funciones para obtener unos resultados planificados *a priori*. Frente a las transacciones del mercado, que no son deliberadas sino fruto de una tendencia natural, la jerarquía sí racionaliza sus propios costes y genera situaciones reactivas. De ahí que, como veremos, haya una relación negativa entre jerarquía y productividad en la teoría de Smith⁶.

Según Smith, aunque la reducción de los costes de transacción está en la naturaleza del desarrollo del circuito económico (porque, como él mismo dice, la opulencia nacional consiste en la cantidad de bienes y en la facilidad de intercambiar), los costes de imponer un sistema de la imaginación fuera de la realidad de las transacciones —los costes de jerarquía— siempre son superiores a los de la libertad. La naturaleza crea «un» orden que, aunque no coincida con una imagen predeterminada, lleva al mayor progreso que puede darse [Smith (1994), p. 468]⁷.

El Estado, de hecho, no «crea» el orden, sólo evita la acción resentida sobre la base del juicio de un espectador imparcial. Ello presupone un orden preexistente y, de hecho, es difícil prever las consecuencias de las regulaciones del gobierno sobre el mundo económico. Ya no hablamos de *politics*, sino de *police*, que en las *Lecciones de Jurisprudencia* se describe como las regulaciones de las partes «inferiores» del gobierno, es decir, la higiene, el orden público y la baratura o abundancia de productos, que son coyunturales.

«Los dos primeros, es decir, el mejor método de eliminar la suciedad de las calles, y la ejecución de la justicia en lo que concierne

⁵ En cualquier caso, quien utiliza el concepto de jerarquía como opuesto al mercado es Williamson (1975), no Coase.

⁶ Es la división del trabajo, que podría realizar el mercado libremente, y no la jerarquía, la que en la teoría de Smith provoca aumentos de productividad (aunque en el típico ejemplo de Smith de la fábrica de alfileres sea la tecnología la que defina los límites de la empresa).

⁷ Como ya planteaban los autores de la Ilustración Escocesa: sólo la opresión o malgobierno continuado pueden llevar a un país a la pobreza permanente. Decía Hume a Oswald: «El crecimiento de todo, tanto en las artes como en la naturaleza, al final se autoequilibra», Rotwein (1970, p. 198, carta de Hume a Oswald, 1 de noviembre 1750). Y eso lleva a Smith a sugerir: «Toda persona, en tanto no viole las leyes de la justicia, queda en perfecta libertad para perseguir su propio interés a su manera» [Smith (1988), pp. 659-660].

a las regulaciones para prevenir los crímenes o el método de mantener una vigilancia de la ciudad, aunque útiles, son de demasiada poca importancia para poder ser tratados en un discurso general de este tipo» [Smith (1978), p. 331, LJ (A), VI, I; Smith (1978), p. 486, LJ (B), pár. 203].

Si hay una seguridad razonable, todo el mundo se preocupa por encontrar el empleo más rentable para el capital del que dispone sin necesidad de crear una imagen *a priori* del beneficio social, como también plantea Smith (1994, pp. 467-469), y Smith (1994, pp. 554)⁸.

Pero pareciera que para Smith, aunque la acción individual no llevara al bienestar general, el legislador no estaría facultado para imponer una imagen del bien. En Smith (1997, pp. 418-419), el político convencido de su plan imaginario no es más que un hombre enamorado de su propia ficción. Por otra parte, si los ciudadanos no «asumen» en cierto modo la jerarquía, es decir, para ellos el gobierno no es legítimo por motivaciones no económicas, los costes de administración e imposición de sus órdenes pueden ser excesivos [Smith (1994), p. 637]⁹. Así ocurre en las colonias en que, además, la lejanía del gobernante respecto al gobernado hace más difícil la imposición de la ley¹⁰.

Como es difícil que el Estado reduzca los costes de transacción de forma indiscriminada, Smith deja abierta la puerta a la financiación privada de las obras públicas, que reducen estos costes de forma espontánea. Acepta el peaje en las carreteras; deja abierta la posibilidad de un sistema de libertad bancaria, como el escocés; y no excluye la justicia privada —la justicia, como dice, nunca ha sido, ni será, gratuita—. Ni siquiera es el Estado un buen captador de información, especialmente porque lo que podríamos llamar el «proceso de conocimiento Smithiano» siempre precisa del encuentro con otra persona, o con la realidad. El «sabio Smithiano», si es que éste existe, tiene una inteligencia sensible, capaz de empatizar con otros, y nunca podría personificarse en la máquina estatal. La intervención externa no puede «producir»

⁸ Aunque «Es verdad que en los infortunados países donde los hombres están siempre temerosos de la violencia de sus superiores, con frecuencia entierran y ocultan la mayor parte de sus capitales, para tenerlos siempre a mano y poder llevarlos a algún lugar seguro en caso de verse amenazados por cualquiera de esos desastres a los que siempre están expuestos» [Smith (1994), p. 367].

⁹ Este concepto de jerarquía política es diferente del de la tradición del Nuevo Institucionalismo, pero muestra el rechazo de por sí de Smith a la jerarquía.

¹⁰ «En tales circunstancias, el prohibir a los trabajadores de la empresa el comerciar por su cuenta no puede tener otro efecto que el autorizar a los empleados de mayor categoría para que, con el pretexto de cumplir las órdenes de la dirección, opriman a aquellos de las categorías inferiores que hayan tenido la desgracia de incurrir en su desagrado» [Smith (1994), pp. 638-639].

libertad porque la libertad es un elemento subyacente a la ley y que ésta debe preservar¹¹.

1.3. La libertad Smithiana

Toda jerarquía económica lleva a reducir los costes de transacción porque, de facto, elimina las transacciones. Pero, como decíamos, según Smith, los costes de jerarquía son siempre mayores que los de la libertad. Y, como se muestra en Trincado (2006), ello se debe a que la libertad Smithiana no es una libertad utilitaria. La libertad Smithiana da lugar a la creatividad, a la apertura a lo otro, a la conciencia de que lo no pensado —lo no impuesto desde fuera— es lo que pone en movimiento el pensamiento. Es decir, efectivamente, las transacciones reducen sus propios costes, pero «sin pensarlo» y porque las acciones de los hombres buscan «elevarse» por encima del coste y superarlo, como modo de poder crear y disfrutar del aspecto lúdico de la economía. Smith no creía posible la existencia de incentivos artificiales al trabajo y a la creatividad. En LJ(B) dice que los esclavos no pueden trabajar tan bien como los hombres libres, ya que «no tienen más motivo para trabajar que el miedo al castigo y no pueden inventar máquina alguna para facilitar su labor» [Smith (1978), p. 526, LJ (B), 229]¹². De hecho, el hombre trabaja o se ve motivado sólo por una acción no impuesta, de la que depende su capacidad de conocer. El temor al castigo sólo puede inmovilizar, no activar a una persona. El trato gentil, dice Smith, hace que el esclavo «no sólo sea más fiel sino más inteligente y, por ello, bajo este doble presupuesto, más útil. Se aproxima más a la condición de siervo libre y puede adquirir algún grado de integridad» [Smith (1988), p. 628]. Así pues, el hombre que sigue una jerarquía no trabaja tan eficientemente como el libre: «Por añadidura, sería totalmente absurdo pensar que las personas en general trabajan menos cuando lo hacen para sí mismas que cuando lo hacen para otras personas» [Smith

¹¹ Volvemos a basarnos en conceptos no economicistas, sino éticos, de simpatía-empatía, que son ajenos a la terminología del Nuevo Institucionalismo y que éste no pretende explicar.

¹² Smith habla de la esclavitud en un sentido laxo, entendiendo por tal una jerarquía que no se puede eludir porque se ha nacido dentro de ella o se ha adquirido esa obligación que implica una venta de la voluntad. En la *Riqueza de las Naciones* dice que la esclavitud en forma de servidumbre continuaba en Rusia, Polonia, Hungría, Bohemia, Moravia, dado que los hombres no podían adquirir propiedades porque lo que adquirirían podía ser arrebatado al arbitrio del señor. En Smith [1978, p. 191, LJ (A), II, 126] se cita a mineros de carbón y salineros como trabajo esclavo en la Inglaterra de tiempos contemporáneos de Smith y a los que trabajaban el carbón y la sal en Escocia. Eran vendidos junto su lugar de trabajo pero no podían ser vendidos por separado.

(1994), p. 132]. Por tanto, en principio, para Smith hay una relación negativa entre jerarquía y productividad. Los esclavistas tienen una máquina «menos eficiente» aunque el deseo de poder que les confiere tener esclavos les lleve a comprarlos¹³. Pero, y lo que es más importante, la esclavitud esclaviza también al esclavizador y crea una necesaria vinculación entre amo-siervo que hace a ambos dependientes. «Es casi innecesario probar que la esclavitud es una institución negativa incluso para los hombres libres» [Smith (1978), p. 453, LJ (B), 138]. Y no sólo porque es menos productiva. La libertad del patrón también perjudica al esclavo porque en una república, dice Smith, el magistrado no podrá dejarse llevar por su espectador imparcial para evitar «la desafortunada ley de la esclavitud» [Smith (1988), p. 628]¹⁴. Como vemos, en cualquier caso, para Smith la ley no debe perseguir una suma de intereses individuales: el interés del esclavista no debería ser tenido en cuenta porque la ley debe buscar la justicia sobre la base del criterio de un espectador imparcial¹⁵.

Además, para Smith, la acción humana no es predecible, algo que sólo sería posible en un contexto de habituación. Así, las hipótesis históricas, aunque no son subjetivas, no están determinadas del todo por los condicionantes históricos y sociales. Smith tiende a abstraer las influencias históricas y psicológicas de su tratamiento de los temas de la política económica. Esta abstracción está muy relacionada con la idea Smithiana de libertad natural. En la teoría de Smith, lo «natural» se opone a lo «histórico»¹⁶. Es precisamente el caso contrario de Hume (1964b), que, como dice Rotwein (1970), al tratar el proceso de cambio social —como los cambios en los «hábitos, costumbres y maneras»— intentaba mostrar que hay efectos habituales en las fuerzas ambientales cambiantes que pueden ser reducidos a leyes históricas de comportamiento bien definidas. Hume, con el método histórico y psicológico, intentaba evaluar qué políticas sociales eran las más aceptables según el

¹³ «El orgullo del hombre hace que ame el dominio, y nada le mortifica más que el verse obligado a condescender a persuadir a sus inferiores. Siempre que la ley lo autorice y la naturaleza del trabajo lo permita, entonces, preferirá generalmente el servicio de esclavos que el de hombres libres» [Smith (1994), p. 496].

¹⁴ Según Smith la esclavitud sólo podría eliminarse legislativamente en un gobierno fuerte, y no se eliminaría nunca en una república.

¹⁵ En la *Riqueza de las Naciones* dice que la esclavitud fue gradualmente abolida merced a dos intereses, el del propietario por un lado y el del soberano por el otro (siempre celoso de los grandes señores) [Smith (1994), p. 498]. Sin embargo, según Smith [1978, pp. 187-188, LJ (A), iii, 118-9], la emancipación de los esclavos fue fruto de intereses políticos del rey y el clero, que deseaban reducir el poder de grandes señores. Eso mismo afirma Leslie (1863).

¹⁶ Como dice Griswold (1999, pp. 349-54), aunque en Smith hay una influencia de la costumbre en los sentimientos morales, el hombre se puede abstraer, y de hecho se abstrae, de ella. El hombre no está absolutamente determinado por la historia o convención.

criterio de la «utilidad». Sin embargo, para Smith la libertad natural es un principio anterior y superior al de la utilidad¹⁷.

Por poner algún ejemplo, Hume trata el espíritu de la época como un elemento diferencial de los periodos históricos. Smith basa la motivación del desarrollo del comercio y división del trabajo en una disposición innata a intercambiar; no busca esa motivación en el análisis histórico. Asume tácitamente una persistencia de un espíritu de industria, y argumenta que el primer desarrollo del comercio se logra tras una ruptura institucional. Hume traza el crecimiento en la intensidad del deseo efectivo de ahorro desde el estado feudal a la economía mercantil de su propio tiempo, como describe Skinner (1993). Sin embargo, Smith argumenta que no hay razón para que todos los grupos en todos los tiempos no sean igualmente frugales —a pesar de que acepta que los terratenientes eran una clase social menos acumuladora—. Para Smith, nadie se da a la prodigalidad excepto esporádicamente, porque en todos los tiempos hay una fuerza básica del deseo de mejorar nuestra condición.

Eso no quiere decir que Smith creyera que los tiempos y las costumbres no influyen en la actividad económica: de hecho nos habla de restricciones por los hábitos y prejuicios confirmados de la gente, y de la necesidad de ajustar la legislación a los intereses, prejuicios y temperamento de los tiempos [Smith (1994), p. 573]. Sin embargo, los hábitos y prejuicios se presentan como una traba más: una traba a una libertad que siempre subyace.

1.4. El principio de la seguridad e independencia

Si hay un deseo natural de libertad en el hombre que es la causa del crecimiento, poco —o *mucho*—, es lo que hace falta para que un país produzca riqueza. Basta con que no exista opresión y que haya una cierta estabilidad para que se desarrolle por sí solo ese flujo creativo, que depende del trabajo, el capital físico y humano y las instituciones que preservan a ambos¹⁸.

Para que se incrementen esos medios de subsistencia y se creen en un país las condiciones psicológicas para la mejora de la condición propia, hay dos elementos sociales sincrónicos relevantes en la teoría de Smith.

¹⁷ Schabas (2001) argumenta que para Hume hay pocos fenómenos morales aislados.

¹⁸ Dugald Stewart citaba uno de los ahora perdidos manuscritos de Adam Smith: «poco más se requiere para llevar a un Estado al mayor grado de riqueza desde el estadio de mayor salvajismo que paz, impuestos moderados y una tolerable administración de justicia» [citado en Smith (1988), p. 723, nota 60]. Esa ética del crecimiento quedó clara en el artículo de Prasch (1991).

El primero es la seguridad, que permita confiar en el futuro y proporcione capacidad de autonomía individual (algo que será más difícil de cumplir en un país donde no existe una costumbre de respeto a las instituciones y de subordinación a la constitución del Estado)¹⁹. El segundo, la independencia de la actividad humana de las decisiones externas, algo que puede verse como una forma de seguridad «negativa». Estos principios siguen siendo botón de muestra de la definición no utilitaria de la libertad en la que se basa la teoría de Smith, dado que es la independencia y autonomía —la libertad positiva— lo que pone en movimiento el pensamiento y la acción económica²⁰.

En lo que respecta al segundo principio que hemos citado, el hombre dependiente, dice Smith, se hace abyecto porque la dependencia destruye sus principios activos, transformándolos en conexiones de simulacro o aceptación: «nada tiende a corromper más a la humanidad que la dependencia mientras que la independencia incrementa la honestidad de la gente» [Smith (1978), p. 333, LJ (A)]. En el gobierno feudal había mayores desórdenes porque los hombres dependientes, acostumbrados a vivir holgadamente alrededor de las casas de sus patronos, a la menor debilidad o rechazo de ese patrono no tenían otro medio de mantenerse que por la violencia y el crimen. «En general, podemos observar que los tiempos de desórdenes en un país dependen del número de los sirvientes u hombres dependientes» [Smith (1978), p. 332, LJ (A), V, 4]. La independencia llega por tanto a ser fundamental —incluso para lograr el mantenimiento de la nación—²¹.

En LJ (B) y en el Libro III de la *Riqueza de las Naciones*, Smith estudia la lentitud del desarrollo de la riqueza en el feudalismo. En la agricultura, examina los obstáculos naturales al crecimiento, sobre los que el hombre no puede influir, como la escasez de capital; y luego, precisa-

¹⁹ «En suma, el comercio y la industria no pueden progresar en ningún Estado donde no haya un cierto grado de confianza en la justicia» [Smith (1994), p. 781].

²⁰ En este caso, Smith parece estar dando mucha importancia al concepto de ciudadanía de la tradición republicana; sin embargo él habla de la independencia como creadora de autonomía no por ser propietario (no se da en los terratenientes), sino por estar «atento a la vida» (se da en los empresarios). Ese concepto de ciudadanía, sin embargo, sí se muestra en la defensa de la milicia, como afirma Montes (2004). Para el problema de la libertad en Smith, ver Harpham (2000).

²¹ Por ejemplo, dice Smith, en Glasgow cada persona tenía como mucho un sirviente y no había casi crímenes capitales, que los cometían sobre todo extranjeros. En Edimburgo, donde la nobleza tenía muchos siervos, que sus patronos frecuentemente dejaban a la deriva, había varios crímenes capitales todos los años. «Podemos también afirmar que no son tanto las regulaciones del Estado lo que preserva la seguridad de la nación como la costumbre de tener en ella la menor cantidad de siervos y hombres dependientes posible» [Smith (1978), p. 333, LJ (A), VI, 6]. Tal vez por eso Smith también afirma que es positiva la independencia de las colonias [Smith (1994), p. 578]. En cualquier caso, es difícil, dice Smith que exista una política justa en las colonias.

mente, las medidas opresivas, que eliminan la independencia, como los servicios feudales y las vinculaciones, sobre las que el hombre puede influir. Es conocido que para Smith, como para Hume, el progreso y comercio de las ciudades contribuye al progreso del campo porque introduce la libertad en los campesinos que antes habían vivido en guerra continua con sus vecinos y en estado de dependencia servil respecto a sus superiores²². Otra circunstancia que hace que el comercio promueva la independencia es el hecho de que el vendedor no depende tanto del cliente como el siervo del terrateniente²³.

Es importante repetir que, para Smith, la división del trabajo no busca un orden anticipado, sino que es consecuencia gradual de una tendencia a persuadir e intercambiar. «Los hombres siempre intentan persuadir a otros de su opinión incluso cuando el tema no les afecta», Smith [1978, p. 352, LJ (A), vi, 56]²⁴. Es, por tanto, un fruto de una tendencia lúdica o creativa, y no de una anticipación ni individual ni social. El hombre la crea para ilusionarse con una imagen del orgullo de haber llevado a otro a su propio terreno a través de la seducción de la palabra. Algo moralmente no elogiabile [incluso dice Smith en LJ (B) que intercambiar una cosa por otra es «mezquino»]²⁵. Pero una realidad que puede provocar ilusión y, a la vez, crecimiento económico. Como se plantea en Trincado (2006), la consecuencia positiva de la generación de riqueza, de hecho, no es para Smith que incremente la cantidad de «felicidades» a que da acceso el dinero, si no el mismo hecho de la alegría, de la posibilidad de «romper» el hábito dejándose llevar por la curiosidad y creación —algo que en Smith se constata en el «impulso natural de cada individuo a mejorar la condición propia»— que lleva al hombre normal a salir del estado de pasividad de las pasiones.

2. PROVISIÓN DE BIENES PRIVADOS

2.1. Empresa y costes de transacción

La elección de Smith de la fábrica de alfileres para ilustrar las ventajas de la división del trabajo ha sido considerada desafortunada, a

²² Ver también Smith (1994, p. 509).

²³ «Cada comerciante o artesano se gana la vida no gracias a un cliente sino gracias a cien o a mil. Aunque les esté reconocido a todos en alguna medida, no depende totalmente de ninguno de ellos» [Smith (1994), p. 527].

²⁴ «Y de esta manera todo el mundo está practicando durante toda su vida la oratoria sobre otros. Te incomoda cuando alguien difiere de tu opinión, e intentas persuadirle; y si no lo haces es por algún grado de autocontrol» (*ibid.*).

²⁵ Smith [1978, p. 527, LJ (B), 300-301].

pesar de que no puede dudarse que se trata de un ejemplo descriptivo²⁶. Y eso se debe a que la importancia que han dado los intérpretes de Smith de la idea de la *mano invisible* deja de estar justificada en el caso de la fábrica de alfileres, dado que es la mano visible de los capitalistas/administradores, conscientes de los costes y orientados al beneficio, los responsables de la organización del trabajo en la fábrica²⁷. En este caso, podría pensarse que las ventajas de la división del trabajo suponen, con el prerrequisito de la extensión del mercado, una organización de la economía en empresas cada vez más grandes, dentro de las cuales los diferentes trabajos parciales necesitan ser coordinados por la autoridad. Marx será el que lleve al límite este modelo de economía cada vez más concentrada²⁸.

Tendremos que llegar a Ronald Coase para que esta cuestión sea discutida. Coase (1994, pp. 33-49) en su artículo de 1937 intentó plantearse justamente este punto crítico en el ámbito de la empresa. Es decir, si el mecanismo de los precios es el método más eficiente de asignación de los recursos, ¿por qué no se aplica dentro de las empresas y existen en el sistema de mercado estas «islas de poder deliberado»? Según Coase la elección entre la forma jerárquica de la empresa y la forma de organiza-

²⁶ Parece que Smith eligió el ejemplo de la fábrica de alfileres por su sencillez, porque el aumento de la productividad se expresaba en números contundentes: de diez a 4.800 alfileres por día y hombre, como dice Santos (1997, nota p. 45). Probablemente, también lo eligió porque existía una fábrica de alfileres en Kirkcaldy. Schumpeter (1971, p. 187) decía que nadie antes le dio tanta importancia a la división del trabajo, y que, para Smith, es prácticamente el único factor de progreso económico. En ese sentido se decanta Rashid (1986). Sin embargo, dice Quesada (2002, p. 61) que Ferguson ya había tratado el tema de modo parecido a Smith. Hosseini (1998) cree que en su descripción de la división del trabajo, en realidad, la influencia sobre Smith puede remontarse a los escolásticos persas medievales. Algunos autores incluso han acercado la división del trabajo Smithiana a la platónica. Foley (1974 y 1975), por ejemplo, dice que, aunque la forma de encajar hombre y ocupación es distinta en Smith y Platón, la visión de Smith de la homogeneidad del trabajo emerge de fuentes clásicas, y tal vez de Platón. Para una réplica a Foley ver McNulty (1975) y para una discusión del debate, ver Vivenza (2001, pp. 126-140).

²⁷ McNulty (1984, p. 236). De hecho, entre los elementos que Smith consideraba que incrementaban la productividad por causa de la división del trabajo (mejora de la habilidad por repetición; ahorro de tiempo de pasar de un trabajo a otro; y el hecho de que si el trabajador fija la atención en un trabajo mecánico, eso puede facilitarle la invención de una nueva máquina que le haga el trabajo menos duro) el tercero es el único creativo. En el primer elemento, el trabajador realiza la acción por hábito que, como decía Hume (1964a), es la disposición que se crea en nuestra mente —por la experiencia reiterada de algo— a renovar «ese mismo acto». En el segundo, el trabajador es un mero ejecutor de las órdenes recibidas de la dirección [en la línea de Taylor (1925)].

²⁸ Santos (1997) dice que la introducción de maquinaria —que requiere más capital y permite más división del trabajo— se supone que lleva consigo la integración vertical en empresas cada vez más grandes, cuyo resultado final será una única empresa. En la teoría de Marx, el paso político a que esa empresa sea estatal no es demasiado forzado, si aceptamos que la tecnología impone esa concentración.

ción descentralizada del mercado depende de los costes de transacción, del coste de funcionamiento del sistema, que en el caso del mercado es el de utilizar o administrar el sistema de precios de forma espontánea e impersonal²⁹.

Coase decía haber trasladado la concepción de las instituciones de Adam Smith para ver cuando una transacción es susceptible de llevarse a cabo dentro de una estructura de gobierno o no³⁰. Sin embargo, Smith consideraba a la empresa, no como una institución específica a estudiar en sí, sino más bien como una ficción legal que abarca un conjunto de contratos entre diversas partes, cada una de ellas con sus propios intereses, una metodología posteriormente usada por el análisis neoclásico de los mercados hacia el interior de la empresa³¹. La empresa es un conflicto de intereses entre individuos. Como dice Santos (1997), Smith no dedica demasiada atención a cómo se organiza la división del trabajo dentro de la empresa, aunque reconoce que es una tarea que lleva a cabo el capitalista. No espera aumentos de productividad producidos por mejoras organizativas. Sólo se producirán nuevas divisiones del trabajo por la acumulación de capital —el producto será no sólo mayor en términos absolutos, sino que será una proporción mayor del stock de capital a cada salto tecnológico—³². Esto sucede tanto en la economía en general como en las empresas individuales³³. Sólo la acumulación de capital hace posible el progreso económico, que se realizará a través del ahorro y la frugalidad.

A la confusión entre la ordenación de mercado —ordenación jerárquica de los administradores que presenta Smith—, se le suma otro elemento de confusión: la descripción del valor Smithiana. Smith nos habla

²⁹ Los neoclásicos dirían que, si el mercado no es el mecanismo coordinador de toda la economía es por razón de la tecnología.

³⁰ La fábrica de alfileres de Smith es típicamente una jerarquía en la perspectiva del Nuevo Institucionalismo. Coase, mirando esa fábrica, se preguntaría porque no hay una empresa que venda el cuerpo de los alfileres y otra las cabezas a una tercera que integre ambas actividades; o si es razonable que el alambre del que se cortan los alfileres sea fabricado por la misma empresa o comprado en el mercado.

³¹ Aunque, desde luego, Smith no usa ese lenguaje, que más recuerda a la formulación de Alchian & Demsetz (1972), Jensen & Meckling, (1976) o Cheung (1983).

³² John Rae criticó a Smith en 1834 precisamente por esta idea. Pero, según Brewer (1991), para Rae el cambio técnico es la fuerza primaria, y la acumulación de capital se sigue de ella pasivamente.

³³ «La capacidad productiva del mismo número de trabajadores no puede aumentar sino como resultado de un añadido o mejora en las máquinas e instrumentos que facilitan y abrevian el trabajo, o de una mejor división y distribución del trabajo. En ambos casos se requiere casi siempre un capital mayor» [Smith (1994), p. 440]. «Sólo con un capital adicional podrá un empresario cualquiera suministrar a sus trabajadores una maquinaria más adelantada u organizar mejor la distribución de la actividad entre ellos» [Smith (1994), p. 440].

de que el bien «ordena trabajo». Pero la del valor no es una ordenación jerárquica. El valor del bien puede comprar un trabajo ajeno sirviéndose de un orden creado no jerárquicamente por la división del trabajo. En todo momento, el autor está considerando que el trabajador «se ordena a sí mismo» para crear el bien, prácticamente haciendo desaparecer la figura del administrador de su teoría.

En este sentido, se ha discutido mucho la proposición de Smith de que la división del trabajo queda limitada por la extensión del mercado. Según Blaug (1985, p. 67), esto significa que nada limita la extensión posible de la especialización fuera del volumen productivo que pueda enviarse al mercado. Pero si los rendimientos son crecientes a escala (más horas aplicadas a un trabajo incrementa la habilidad cada vez más), como parece implicar Smith (y clásicos posteriores, como Senior), las empresas podrían intentar aprovecharlo creciendo y creando oligopolios y monopolios. Una mayor división del trabajo tendría menores costes para producciones mayores y los empresarios obtendrían ganancias con una expansión de sus actividades que expulsará a los competidores, como reconoce García Ruiz (1994, pp. 14-15). Para Stigler (1973), sin embargo, del teorema de Smith no se derivaría una tendencia inevitable a la concentración industrial y a la integración vertical (la combinación de las actividades de producción y distribución en una empresa). Más bien, se derivaría más especialización empresarial pero más desintegración vertical. Al crecer el número de las actividades de una empresa, «incrementan los costes de coordinación». Si los procesos de una actividad están sujetos a rendimientos decrecientes, a la empresa no le merecerá la pena producir más y permitirá a otras especializarse para tomar ventaja en las reducciones de costes³⁴.

Efectivamente, Smith afirmaba que la división del trabajo no produce grandes empresas y «precisamente» eso se debe a que, para él, el coste de coordinación es creciente³⁵. Por tanto, la acumulación de capital lleva a incrementos de la productividad sólo porque activa una

³⁴ La primera empresa entonces puede comprar los servicios de este proceso a un precio más bajo. Pero el nuevo oferente no tendrá un fuerte poder de monopolio porque la primera empresa siempre puede reincorporar el proceso como represalia. La desintegración vertical es el desarrollo típico en las industrias crecientes; la integración vertical en las industrias en declive.

³⁵ Coase, como Williamson, tampoco optan por empresas cada vez más grandes, si no que buscan saber por qué se incluyen o no las distintas actividades en una empresa, sea ésta grande o pequeña, sea la de un médico que contrata una secretaria para cuidar su sala de espera o sea la de un gran hospital. Williamson intenta mostrar, además, que cuando una firma es grande, su existencia debe explicarse más en términos de eficiencia económica que en términos de poder de mercado. Para Williamson (1985), la desaparición de los incentivos de mercado, a medida que la empresa crece, y su sustitución por

mayor división del trabajo. La división del trabajo resulta directamente de una propensión natural humana, y es por tanto previa a la acumulación, no su consecuencia; pero, una vez producida la división del trabajo, el trabajo se divide más o menos en proporción al capital previamente acumulado —lo que no quiere decir, como afirma Brewer (1991), que la acumulación sea suficiente para producir división del trabajo, dado que la extensión del mercado no se amplía por incrementos de la renta producidos por la acumulación de capital [a ello también responde Ahmad (1996)].

2.2. El coste de administración de la empresa

Por tanto, Smith no creía que la jerarquía pudiera incrementar la productividad. Para Smith el coste de jerarquía es muy alto, tanto del patrón respecto al trabajador asalariado y de éste respecto a otros trabajadores, como del capitalista respecto al gestor contratado³⁶. Eso se debe, como hemos estado comentando, a su concepción de la libertad como un elemento positivo: no sólo es fruto de la no-imposición de restricciones, si no de la autonomía³⁷.

En el primer caso, que relaciona al patrón con el trabajador asalariado y a los trabajadores entre sí, el riesgo moral es superable a través de la continua inspección y supervisión de «unos pocos» trabajadores por parte del patrón, interesado en no perder su capital [Smith (1994), pp. 132-133]. El patrón se convierte en empresario porque posee un capital acumulado que le permite superar un coste mínimo para realizar una empresa, no porque su inspección produzca beneficio adicional. La dirección, de hecho, puede considerarse retribuida por un salario de

estímulos internos diseñados por la empresa, es el principal límite de la tendencia a la concentración.

³⁶ Lo muestra en el siguiente párrafo: «Cuando se obliga a los hombres a trabajar para otro, no trabajan tanto como si estuviesen en libertad —lo cual es evidente en las canteras y otras minas—» [Notas de Anderson 34, Smith (1988, p. 186, nota 15)]. Los mineros dejaban las minas de carbón escocesas y «se escapaban allí donde tenían libertad, aunque tuvieran menores salarios» [Smith (1978), p. 453, LJ (B), 139].

³⁷ Por otra parte, toda transacción requiere del mantenimiento de los derechos de propiedad y, por tanto, del establecimiento de una ley de propiedad que, en la teoría de Smith, debe regirse por el sentimiento natural de indignación. Si se basa en esa justicia natural, ese mantenimiento no implica costes añadidos; si no, se convierte en una forma de imposición que genera costes —se convierte en una jerarquía—. Para la tradición del Nuevo Institucionalismo, sin embargo, una empresa (jerarquía) surge en una situación en que personas con derechos de propiedad bien definidos —cuya justicia natural la teoría no evalúa— negocian las características de un contrato, sea el de trabajo, sea algún contrato menos típico. También tienen la opción de hacer una compraventa, o sea, una transacción *spot*.

dirección³⁸. El beneficio, sin embargo, retribuye el riesgo, que tiende a igualarse en todos los sectores de la economía³⁹.

El segundo caso que muestra los altos costes de jerarquía dentro de la empresa, el de jerarquía del capitalista respecto al gestor contratado en las Sociedades Anónimas, es, sin embargo, insuperable para Smith. Smith no tiene confianza en posibilidad de la extensión de las Sociedades Anónimas. Y, aunque en ocasiones se ha considerado que esta visión pesimista era coherente con el funcionamiento de las sociedades por acciones y de los mercados de capitales en su época, Rashid (1992) afirma que la exposición de Smith no es consistente con la realidad empírica.

Podríamos dar dos explicaciones, reconciliables, que hacen válida, y coherente con su obra, la teoría de Smith que considera abortada desde el principio la posibilidad de desarrollo de las Sociedades Anónimas. La primera, presentada en Anderson y Tollison (1992) en forma de anacronismo, sería que Smith tuvo una percepción anticipada del «problema del agente», tanto en las empresas privadas como en el caso del Estado respecto a los funcionarios [véase también Henderson (1991)]⁴⁰. En la organización gerencial en forma de Sociedades Anónimas, el limitar la responsabilidad puede ser negativo para la gestión de la empresa y, además, el accionista minoritario no tiene gran interés en la marcha de la empresa [Smith (1994), p. 695]. En cualquier caso, Smith critica a las Sociedades Anónimas sobre todo porque se basa en una noción de gerente-propietario que se esfuerza por mejorar la condición propia, lo que le hace no confiar en la dirección profesional asalariada que administra «caudales ajenos»⁴¹. Sólo contempla como excepciones a la posibilidad de establecer Sociedades Anónimas a los negocios rutinarios de una utilidad más extendida que la de la mayoría de los negocios corrientes; y que

³⁸ El valor del trabajo de inspección y dirección no participa de la proporción del capital, sino que expresa salarios de actividades que normalmente se conceden a algún empleado destacado al que, además del trabajo y habilidad, se le paga la confianza.

³⁹ Sin embargo, Smith se contradice al afirmar que lo agradable o desagradable de un negocio afecta a los beneficios, además de a los salarios.

⁴⁰ El problema fundamental es el de la confianza. En el caso del Estado, además, el principal no tiene tanta limitación de ingresos. «Los funcionarios de un príncipe consideran que la riqueza de su patrono es inagotable...» [Smith (1994), p. 744].

⁴¹ Sin embargo, el problema del agente desaparece en algunas citas de Smith, como es en el caso del cultivo de la tierra. Posiblemente, cuando Smith habla de trabajo, capital y tierra no está hablando de factores de producción, sino de clases sociales a cuyos miembros atribuye un comportamiento concreto y una función económica. En su teoría, como dice Santos (1997, pp. 45-49), pesa el modelo sociológico de comportamiento de los capitalistas por un lado y de los que «han nacido ricos» y de sus administradores por otro.

requieren mayor cantidad de capital del que podría reunir fácilmente una empresa particular.

Sin embargo, una segunda posibilidad que podría haber justificado según la teoría de Smith la extensión de las Sociedades Anónimas pero que además justifica su miedo a esa extensión es que la empresa crece, no porque reduzca los costes de transacción, sino simplemente porque el capitalista, que posee trabajo acumulado, «lo pone encima de la mesa», lo que le da posibilidad de superar costes mínimos y le confiere más poder de negociación. «El dinero, reza el proverbio, llama al dinero. Cuando se tiene poco es a menudo fácil obtener más: la mayor dificultad es conseguir ese poco» [Smith (1994), p. 144]. Un fuerte problema del agente se compensa con la seguridad del capital, por la especial forma jurídica de la Sociedad Anónima, que lleva a contratar con ella y conseguir financiación ajena, al reducirse el riesgo [Smith (1994), pp. 695-696]. La Sociedad Anónima ha fortalecido también las garantías notariales y de obligación de mantener un capital social mínimo, lo que ha hecho más atractiva la contratación con la sociedad y la financiación ajena. Por último, la firma de la gran empresa tiene más proyección hacia el exterior, haciéndose notar en el mercado. Por tanto, no es el menor coste de jerarquía «dentro» de la empresa lo que beneficia a la Sociedad Anónima, sino la facilidad de obtener grandes acumulaciones de capital «fuera» de la empresa, independientemente de cómo sea gestionada —y según Smith una empresa no gestionada por su propietario será mal gestionada—, lo que llevará a que las Sociedades Anónimas absorban gran parte del capital de la sociedad, haciendo más insegura la economía y más susceptible de sonados y peligrosos escándalos financieros.

2.3. La figura del empresario

Smith, con esto, está siendo muy crítico con la figura del empresario. Como dice Spengler (1975) la figura del empresario Smithiana difiere de la descrita en la tradición de Cantillon-Say⁴². La figura del empresario

⁴² En la *Riqueza de las Naciones*, no está clara la diferencia atribuida a Say entre el premio del empresario como organizador y el premio del capitalista. Según Schumpeter (1971, p. 555), Smith no tenía teoría del empresario. Sin embargo, Smith presenta una figura del empresario y del beneficio complejas, contra lo que haría la tradición neoclásica u otros clásicos. Knight (1947) dice que Smith reconoce que el beneficio contiene, incluso habitualmente, un elemento que no es el interés del capital. Tuttle (1927) considera que para Smith organizar y dirigir el trabajo es el elemento determinante de la función con la que se asocia el beneficio. Según Hollander (1973, p. 170), Smith formuló el concepto de beneficio como un premio a la incertidumbre de la renta ganada con la utilización del capital en el

sale en la *Riqueza de las Naciones* en tres casos por lo menos. En primer lugar, como el aventurero, aquellos que tienen excesiva confianza en su éxito y arriesgan su capital en las más difíciles empresas [Smith (1994), p. 167]. En segundo lugar, como el proyectista, que hace proyectos caros e inciertos que llevan a la bancarrota a la mayoría de aquellos que se comprometen con ellos⁴³. Por último, como el hombre prudente que ahorra e invierte para obtener el beneficio ordinario en líneas de producción más o menos conocidas. Éste tiene la cualidad de la abstinencia y es el hombre del progreso lento pero seguro, que se contenta con pequeñas acumulaciones y prefiere conservar lo que posee a conseguir más. De hecho, la única labor que el capitalista no puede delegar a un trabajador asalariado es el hecho de ahorrar e invertir su propio capital acumulado, de modo que esa es la función diferencial del empresario-capitalista. Ahorro e inversión son la misma cosa para Smith porque el hombre prudente que invierte con capital tomado en préstamo busca el beneficio ordinario.

Por tanto, lo que incrementa la cantidad de capital no es la mayor inventiva ni el «hombre excepcional», sino «la habilidad, destreza y juicio con que habitualmente se realiza el trabajo» [Smith (1994), p. 27]⁴⁴. El hecho de arriesgarse en nuevas formas de coordinar el trabajo no puede incrementar la riqueza nacional. El riesgo empresarial que busca innovaciones sólo puede dar beneficios temporalmente, y en poco tiempo las otras empresas asumirán la innovación y reducirán con su competencia el margen de beneficio [Smith (1994), p. 173].

Esto, como es conocido, fue criticado por Bentham en *Defensa de la Usura* [Stark (1952)], como muestran Pesciarelli (1989) y Leloup (2002). Bentham consideraba a los proyectistas hombres ladinos y más avisados que la gente común. Pero Smith está suponiendo que los proyectistas no tienen un conocimiento superior sobre el futuro que otro tipo de personas. De hecho, frente a la visión aristocrática de Bentham, Smith parece mostrar una cierta preferencia por las condi-

establecimiento de una empresa. Goel (1997) comenta que, aunque Smith no desarrolla una teoría bien definida del empresario, de hecho implícitamente trata con el agente económico y ofrece un análisis de este actor funcional.

⁴³ Su hostilidad a los proyectistas no se debe a su cualidad planificadora, algo característico de la clase capitalista: «Los planes y proyectos de los empleadores del capital regulan y dirigen las operaciones más importantes del trabajo» [Smith (1994), p. 342]. El problema de los proyectistas es que son gente soberbia e imprudente, es decir, que no tiene en cuenta la imprevisibilidad del tiempo.

⁴⁴ Como dice Khan (1954), Smith da importancia al papel del capital y no es la industria sino la parsimonia o la abstinencia la causa de la acumulación. Pero una vez acumulado el capital, el dinero hace dinero casi de manera inmediata. Sobre la base de esa idea, Smith pudo crear una teoría de los estadios en que el desarrollo comienza en la agricultura de pequeña escala.

ciones medias y bajas de la sociedad, en Smith (1997, p. 132) y Smith (1997, pp. 140-141). Especialmente, prefiere las clases medias, la clase ahorradora según Smith⁴⁵. En vez de ser el empresario el que produce el crecimiento económico, es la división del trabajo la que produce al empresario, como en cualquier otra actividad. De esta manera, incluso la invención se convierte en una especialidad más [Smith (1978), p. 570, «Early Draft of Part of the Wealth of Nations», pár. 18]. El inventor es un trabajador que, por estar continuamente utilizando una máquina determinada, imagina un medio nuevo para reducir su esfuerzo y mejorar la máquina. «No hay nada tan misterioso en las invenciones de las máquinas como para que cualquiera no hubiera podido haber sido su inventor» [Smith (1978), p. 346, LJ (A), VI, 4]⁴⁶. Así, el único medio de promover las invenciones es creando un derecho de propiedad intelectual por un tiempo prudencial, sin el cual se desestimularían totalmente, como plantea Smith [1978, p. 472, LJ (B), 175]. Por último, como se recuerda en Trincado (2005b), si para Bentham los proyectistas introducen *mejoras*, se adentran en senderos desconocidos y «en el cultivo de esas artes que han sido llamadas útiles, dirigen sus esfuerzos a cualquiera de esos departamentos en que su utilidad parece más indudable» [Stark (1952), p. 170], el empresario Smithiano no es el «gran hombre» que prevé los placeres del público en contextos de incertidumbre. El diamante es deseado porque es caro y el innovador que arriesga el capital común de la sociedad está arriesgando el esfuerzo institucional acumulado, incluida la confianza en el futuro, en ocasiones para crear necesidades a través de la persuasión⁴⁷.

⁴⁵ Perelman (1989) considera que la obra de Smith representa un ataque a todos los grupos, excepto a la clase media, a la que él pertenecía.

⁴⁶ Sobre la actividad inventiva y la división del trabajo, ver Rosenberg (1965), Rosenberg (1976), Ippolito (1977), Groenewegen (1977) y Meek y Skinner (1973).

⁴⁷ Por todo esto, Smith decidió obviar su preferencia por la libertad natural y defendió el establecimiento de un máximo legal al tipo de interés, un poco por encima del precio de mercado mínimo, el precio habitualmente pagado por los hombres prudentes [Smith (1994), pp. 457-458]. Es posible que en su época esta propuesta se viera como una ley prudencial del Estado que debía buscar preservar la seguridad pública. Véase Smith (1994, pp. 450-451). Además, Smith pretendía disuadir a los hombres de tomar préstamos al consumo, dado que, como él decía, el que pide por necesidad de subsistencia no puede asegurar una devolución en el futuro más que perdiendo la libertad. Véase Smith (1994, pp. 450-451) y Smith (1988, p. 958). Vemos que Smith presenta siempre el argumento político junto al argumento de la independencia.

3. PROVISIÓN DE BIENES PÚBLICOS

3.1. El concepto de «bienes públicos»

Como dice West (1977), no podemos comparar la formulación de Smith del problema de los bienes públicos con la formulación de la teoría económica moderna⁴⁸. Cuando trata el tema de los «bienes públicos» o estatales, Smith está hablando de bienes que el Estado requiere para mantenerse y que la iniciativa privada no creará por sí misma. Un bien comunal no creado compulsivamente se proveerá con gran esfuerzo de autocontrol y, una vez creado, sólo el hecho de que se ha llegado a construir puede demostrar que es deseado o, simplemente que «está siendo»⁴⁹. Sin embargo, la concepción de la hacienda pública actual sería más acorde con la idea Benthamita de bienes públicos, en que el Estado sustituye la iniciativa privada porque supone una imagen de los bienes convenientes para dar la felicidad pública.

Como hemos comentado, Smith rechaza cualquier intervención gubernamental que no se base en la justicia natural, que protege a los ciudadanos de la acción resentida *en cuanto sea posible*, más allá de la urgencia nacional y sin un afán imperialista [véase Smith (1988), p. 725, o Smith (1994), p. 667]⁵⁰. Toda ley que no se base en el derecho natural lleva a un inmovilismo que tiende a perjudicar a las generaciones futuras frente a las presentes [Smith (1994), p. 493, LJ (B), 168, 468]. Posteriormente, es muy difícil eliminar una ley o una institución económica; y la ansiedad del legislador puede crear problemas de largo plazo⁵¹. Por ello, Smith intenta reducir la ansiedad de los gobernantes. El legislador «como Solón, cuando no pueda imponer el mejor sistema

⁴⁸ Es lógico que, para Smith, dos siglos antes de la teoría moderna de la hacienda pública, los bienes públicos no se definieran a través de conceptos posteriores de oferta conjunta y problemas de exclusión.

⁴⁹ Según De Jasay (1990), si el bien público es aquel del que no se puede excluir de su consumo y que requiere más de una persona para producirlo, por problemas técnicos o de poder de compra, incluso estos bienes se pueden producir libremente, soslayándose el problema del *free rider*. Un *free rider* sólo será tal si realmente se llega a producir el bien del que piensa ser gorrón. Si existe riesgo de que el bien no se produzca —«todo» el mundo quiere convertirse en *free rider*—, las personas con más poder adquisitivo o con más deseo de ese bien pueden decidir producirlo, «regalándoselo» a los *free rider*. Incluso, el pago de ese bien público puede convertirse en un artículo de ostentación.

⁵⁰ «Además, el impedir que el granjero envíe sus bienes en todo momento al mejor mercado es evidentemente sacrificar las leyes normales de la justicia a una idea de utilidad pública, a una especie de razón de Estado; y esto es un acto de autoridad legislativa que sólo puede ejercerse, que sólo puede perdonarse en casos de la más urgente necesidad» [Smith (1994), p. 573]. Véase también Smith (1994, p. 571).

⁵¹ Por ejemplo, «Ante una pequeña parada o interrupción en una sola de las industrias artificialmente expandidas gracias a primas o a monopolios en el mercado nacional o colonial, se desatan a menudo motines y perturbaciones... son desórdenes con frecuencia difi-

legal, procurará establecer el mejor que el pueblo sea capaz de tolerar» [Smith (1997), p. 418]⁵².

Es decir, el Estado tiene la función esencial de lograr el mantenimiento del grupo, algo para lo que, sin embargo, ni siquiera es necesario el gobierno. En la etapa pastoril, «todos hacen la guerra juntos y cada uno la hace lo mejor que puede. Se sabe que entre los tártaros, hasta las mujeres han luchado en el campo de batalla» [Smith (1988), pp. 725-6]. En Smith [1978, p. 207, LJ (A), IV, 19] dice el autor: «En una nación de cazadores realmente no hay gobierno». Como es sabido, algo que Montes (2004, pp. 61-9) relaciona con la importancia de la virtud del autocontrol, Smith apoyó en la época militarizada el establecimiento de un ejército profesional para llevar a cabo la función de defensa.

En cualquier caso, Smith casi nunca usa un argumento de mayor felicidad del mayor número. Por tanto, cuando nos habla de las obras e instituciones públicas que no es del interés de ningún individuo o grupo de individuos edificar y mantener, pero que son de gran interés para la sociedad, no está tratando de un interés económico o de la posibilidad de realizar reducciones de los costes de transacción mediante un incentivo artificial, sino de un interés político de mantenimiento del Estado, que ayuda a que los incentivos naturales al comercio se pongan en movimiento por sí mismos.

3.2. Obras públicas que facilitan el comercio en general

En primer lugar, Smith apoya que el Estado construya medios de comunicación y parece en alguna ocasión que, efectivamente, estuviera considerando la idea de que esa facilidad de transporte pueda reducir los costes de las transacciones dentro del país, lo que hace que se incremente la extensión del mercado. En Smith [1978, p. 223, LJ (B)] nos comenta que «Desde las reparaciones de las carreteras en Inglaterra, hace cuarenta o cincuenta años, su riqueza se ha incrementado extraordinariamente». Sin embargo, si nos fijamos un poco más, veremos que, tanto desde el punto de vista de los gastos en obras públicas que facili-

ciles de remediar sin ocasionar, al menos durante un tiempo, desórdenes todavía mayores» [Smith (1994), pp. 595-596].

⁵² Véase también, respecto a las dificultades de establecer leyes justas relacionadas con el trigo y las subsistencias Smith (1988, pp. 584-585); o Smith (1994, p. 573). En otras ocasiones Smith reprocha a Quesnay el ser demasiado exagerado con la necesidad de que la justicia y libertad naturales sean exactas para que el país progrese. «Si ninguna nación pudiese desarrollarse salvo con el disfrute de una libertad y una justicia perfectas, entonces en el mundo ninguna nación podría haberse desarrollado jamás» [Smith (1994), pp. 655-656].

tan el comercio, como desde los ingresos que se deben dedicar a ese menester, Smith estaba pensando sólo en la necesidad de una política de Estado. «La protección del comercio en general siempre ha sido considerada esencial para la defensa de la comunidad, y por ello una parte necesaria de la labor del poder ejecutivo» [Smith (1994), p. 692]. En Smith (1994, p. 687) se ve cómo la construcción de carreteras pretende saciar el orgullo del Estado.

Desde el punto de vista de los gastos, efectivamente, la razón última por la que el Estado debe construir y mantener los medios de comunicación es que el establecimiento de la justicia y defensa de ataques exteriores o interiores se ven facilitados por la capacidad del hombre de trasladarse de un lugar a otro sin verse bloqueado ni por los ciudadanos de otro país ni por los del propio. En LJ (A), Smith aclara que las precondiciones del desarrollo económico incluyen la fertilidad del suelo y la facilidad de defensa y comunicación —cita a ambas juntas—, permitiendo esta última la exportación de excedentes. Respecto a la prevención de una posible obstaculización de la comunicación interior por parte de los ciudadanos de países extranjeros, dice Smith,

«El comercio que puede realizar una nación mediante un río que no se divide en muchos brazos o canales y que fluye a lo largo de otro territorio antes de desembocar en el mar, nunca puede ser muy importante, puesto que las naciones que dominan ese otro territorio siempre pueden bloquear la comunicación entre dicha nación y el mar» [Smith (1994), p. 54].

Smith exagera las ventajas del transporte marítimo. No en vano escribía al final de la primera fase de aprobación de leyes sobre carreteras, pero antes de que las mejoras por ese transporte terrestre fueran evidentes. «Cada pueblo está a tanta distancia de cualquier otro, y es tan difícil y peligroso viajar por el país, que casi no hay relación entre diferentes pueblos incluso de la misma nación, excepto lo que la guerra y la defensa mutua da ocasión» [Smith (1978), p. 583, «First Fragment on the Division of Labour», pár. 3]. También los atracadores que se extienden a través de las vías de comunicación, donde encuentran un vacío policial peligroso, hacen peligrar el orden. «El campo estaba infestado de ladrones y bandidos, y por ello las ciudades pronto quedaron desiertas, ya que si no hay libre comunicación entre el campo y la ciudad para transportar las manufacturas y los alimentos, las ciudades no pueden subsistir» [Smith (1978), p. 245, LJ (A), IV, 117; Smith (1978), p. 494, LJ (B), 223].

En lo que respecta a los ingresos para estas instituciones públicas, Smith también incorpora argumentos políticos para defender que las

obras son mejor conservadas con un ingreso local o provincial que por uno general del Estado⁵³. Como es sabido, Smith defendía que los canales deberían obtener los peajes con agentes privados, pero las carreteras con comisionados o agentes públicos dado que «una carretera, aunque sea descuidada, no se vuelve por completo intransitable, pero un canal sí» [Smith (1994), p. 688]. La fórmula en que esos agentes públicos obtenían la recaudación de los peajes y mantenían las carreteras era en tiempo de Smith semejante a la de una contrata de servicios, en que el comisionado asalariaba a trabajadores privados. No era, por tanto, un funcionario del Estado el que recaudaba el peaje. Smith, de hecho, rechazaba que el gobierno se ocupase directamente de la gestión de los peajes empleando soldados. Si los peajes son considerados recursos para satisfacer las necesidades del Estado, serían incrementados en la medida en que dichas necesidades «supuestamente» lo requiriesen, lo que constituiría una carga para el comercio interior. También Smith previene del riesgo político de corrupción de estos comisionados [Smith (1994), pp. 688-689].

En el caso de los ingresos vía impuestos generales, Smith rechaza el arrendamiento de impuestos. Pero no porque fuera más autoritario que la actividad del funcionario del Estado. De hecho, podemos suponer que la menor legitimidad del arrendatario de impuestos puede llevar a que, para él, sea más difícil obtener sus ingresos y deba reducir sus requerimientos de coacción. Los funcionarios, obstinados en la idea de que sus acciones las justifica el bien público, pueden convertirse, sin embargo, en pequeños dictadores. Smith sólo acepta un argumento económico para demostrar la conveniencia de la monopolización de la recaudación de impuestos: el arrendamiento crea unos costes suplementarios de recaudación, los beneficios del arrendatario; y, en esta actividad, el Estado no va a la zaga en su eficiencia respecto a un individuo privado [Smith (1988), p. 888]. El asistematismo de Smith en este caso sorprende por su audacia, dado que el autor niega cualquier división maniquea de la sociedad y anula la ilusión de un mesianismo que nos pudiera salvar permanentemente de la autoridad.

Por último, en lo que respecta a los cánones de tributación, es de destacar que Smith da una importancia central a la regla de certidumbre. «La incertidumbre en la tributación estimula la insolencia y favorece la

⁵³ Bajo la administración local o provincial de los jueces de paz de Gran Bretaña, Smith dice que los seis días de trabajo que los campesinos estaban obligados a prestar en su tiempo con el objeto de reparar las carreteras no se exigían con opresión. En Francia, bajo la administración de los intendentes, su exacción era frecuentemente más cruel y opresiva. Dichas *corvées* constituían el principal instrumento de tiranía de los funcionarios para castigar a cualquier parroquia o comunidad, Smith (1988, pp. 763-764); véase también Smith (1994, pp. 690-691).

corrupción de una clase de personas naturalmente impopulares, incluso allí donde no son insolentes ni corruptas» [Smith (1994), p. 747]. La razón de la importancia de la certidumbre en la imposición no es, pues, para Smith, que el hecho de que los impuestos sean ciertos facilita el cálculo utilitario [Smith (1994), p. 748 y p. 771] sino que la certidumbre impositiva reduce la posibilidad de que los políticos utilicen su poder discrecionalmente y evita las inspecciones vejatorias de los recaudadores, contrarias al derecho a la intimidad. Estas visitas, además, hacen que los inversores desplacen sus capitales a otros países [Smith (1994), p. 749]. Es preferible que el impuesto sea cierto para que el coste de jerarquía en la tributación sea mínimo [véase Smith (1994), pp. 757-758]. De hecho, los demás cánones a la tributación, la igualdad, conveniencia y economía, en definitiva, lo que procuran es lograr una mayor recaudación y en cierto modo confluyen en el último, el de economía⁵⁴. Sin embargo, la certidumbre impositiva es el único canon que claramente intenta limitar las actividades del gobierno de modo tal que no realice su actividad a costa de los derechos de los ciudadanos.

«El momento del pago, la forma del mismo, la cantidad a pagar, todos deben resultar meridianamente claros para el contribuyente y para cualquier otra persona. Cuando esto no sucede así, cada persona sujeta al impuesto se halla en cierta medida en manos del recaudador, que puede aumentar el impuesto sobre algún contribuyente molesto o arrancarle, por su terror ante tal incremento, alguna propina o regalo» [Smith (1994), p. 747]⁵⁵.

3.3. Obras públicas que facilitan la instrucción del pueblo

En lo que respecta a las obras públicas que promueven la instrucción del pueblo, Smith sigue dando argumentos políticos. El gasto en educa-

⁵⁴ En el caso del canon de igualdad en la capacidad de pago, Smith también presenta un argumento político: la riqueza del hombre rico depende de la existencia de un gobierno que mantenga su propiedad [Smith (1994), p. 746]. Además, no es menos cierto que una igualdad en la tributación es señal de un gobierno fuerte, capaz de establecer criterios de justicia en su administración: es más difícil detraer de los ricos impuestos que de los pobres y en gobiernos débiles, por desgracia, «las clases inferiores han de soportar con paciencia el trato que sus superiores juzgan convenientes darles» [Smith (1994), p. 895]. En el caso de los príncipes feudales, su falta de capacidad de gobernar tan grandes territorios les obligaba a dejar a cada señor feudal que estableciese «de manera arbitraria» las cargas que quisiese para poder obtener ingresos [Smith (1994), p. 880].

⁵⁵ La conveniencia también puede ser un medio de evitar vejaciones. Por ejemplo, dice Smith, el impuesto por habitaciones en cada casa se modificó por un impuesto en función del número de ventanas, porque el primero suponía una visita odiosa de los recaudadores y el segundo se podía calcular desde el exterior sin necesidad de visitar cada estancia.

ción obligatoria [Smith (1994), p. 720] se hace necesario para Adam Smith no para proporcionar una «igualdad de oportunidades», sino porque es la única forma de asegurar que los trabajadores tan especializados no se embrutezcan y tengan capacidad de defender a su nación y administrar los asuntos públicos. El espíritu marcial puede, según Smith, convertirse en un seguro contra el mal gobierno o los abusos de poder⁵⁶. «La uniformidad de su vida estacionaria naturalmente corrompe el coraje de su espíritu, y le hace aborrecer la irregular, incierta y aventurera vida de un soldado» [Smith (1994), p. 718]. Un pueblo educado, además, es más pacífico que uno ignorante.

«El Estado deriva una ventaja considerable de esa educación. Cuando más instruida está la gente menos es engañada por los espejismos del fanatismo y la superstición, que con frecuencia dan lugar a terribles perturbaciones entre las naciones ignorantes... por eso está menos expuesto a dejarse arrastrar a una oposición injustificada e innecesaria frente a las medidas del gobierno» [Smith (1994), pp. 721-722].

Es curioso observar que, a pesar de que Smith considera que es el hábito el que imprime la experiencia y habilidad, el trabajador se aliena por el hábito, y la variedad de actividades es positiva para la capacidad de comprensión e inteligencia. Efectivamente, la libertad Smithiana apela a que lo impensado es lo que motiva la acción humana y no la habituación⁵⁷. En cualquier caso, Smith dice que, aunque no obtuviese ventaja alguna, el Estado podría intentar educar al pueblo: no existe personalidad más infeliz que la de un pusilánime —sin autoestima o amor propio y temeroso de la muerte— o la de un ignorante —sin curiosidad— [Smith (1994), p. 720].

⁵⁶ «La seguridad de cualquier sociedad depende siempre, en mayor o menor medida, del espíritu marcial de la mayor parte del pueblo..., si cualquier ciudadano tuviera espíritu de soldado se necesitaría un ejército permanente mucho menor y disminuirían los riesgos reales o imaginarios para la libertad que se atribuyen a los ejércitos regulares. Del mismo modo que tal espíritu sería de gran ayuda para el ejército regular en sus operaciones contra el invasor extranjero, así también se opondría a dicho ejército si, por desgracia, se levantara contra la constitución del Estado» [Smith (1988), p. 815, párr. 59].

⁵⁷ Como dice West, Smith no pensaba como Marx que los trabajadores estuvieran alienados en términos de sentirse aislados y sin poder [aunque Lamb (1973) afirma lo contrario]. Pero West (1975 y 1964) también dice que para Smith la división del trabajo mejora al hombre no sólo técnicamente sino social y moralmente. Sin embargo, para Smith el hombre primitivo tenía muchas virtudes morales e intelectuales que el hombre moderno perdió. Respecto al hecho de que Smith propusiera la educación obligatoria, West (1996) plantea que pudiera haber «dos» Smith, el que todavía tenía un espíritu de disciplina marcial, influido por la enseñanza clásica y la admiración por las repúblicas griegas y el Estado romano, y el liberal y creativo.

Igual sucede con las diversiones de la gente del pueblo que pueden impedir el fanatismo religioso porque es el hombre alegre el que atiende a la vida y no busca darle sentido en los grupos sectarios. Sin embargo, Smith no propone un estímulo a las diversiones públicas artificial, sino que el Estado garantice «la completa libertad a todos aquellos que por su propio interés procuren sin escándalo ni indecencia entretener y divertir al público con pinturas, poesía, música, baile con toda clase de representaciones y exhibiciones teatrales» [Smith (1994), p. 729]⁵⁸. Igualmente, propone la competencia de religiones, para que ninguna tenga la fuerza de una religión oficial monopolística, como modo de que se introduzca entre los ciudadanos un espíritu liberal⁵⁹. Además, como decíamos para Smith la razón última de la intervención pública debe ser siempre la defensa del Estado⁶⁰.

Las instituciones dedicadas a la educación de la juventud pueden proporcionar también unos ingresos suficientes para sufragar sus propios gastos⁶¹. A pesar de que Smith no estaba de acuerdo con la autogestión de la Universidad, tampoco creía que ésta debiera regirse autoritariamente, a las órdenes de ministros del Estado⁶². Una jurisdicción foránea es susceptible de ser practicada de forma caprichosa: el ministro no asiste y ni siquiera comprende la materia tratada, pero el poder que le confiere su cargo le puede llevar a censurar al profesor sin causa justificada. El mismo profesor pierde la confianza en sí mismo y se vuelve dependiente y servil a la voluntad de sus superiores [Smith (1994),

⁵⁸ Especialmente en las ciudades, donde el anonimato llevaba a que el hombre normal fuera una fácil presa de las sectas [Smith (1994), p. 728].

⁵⁹ En este caso, Smith está abogando, como en su teoría general, por mercados religiosos competitivos frente a iglesias establecidas, especialmente en lo que respecta a la financiación de las sectas religiosas, dado que propone que se haga a través de tasas pagadas por los feligreses para incrementar el incentivo del sacerdote. Sin embargo, como dicen Leathers y Raines (1992), en otros casos, Smith favorecería las iglesias establecidas en Escocia, Holanda y Suiza.

⁶⁰ «Nótese que el ingreso de cualquier religión oficial, con la excepción del derivado de la propiedad de tierras o fincas, es una rama del ingreso general del Estado, que se desvía de esta forma hacia un objetivo muy diferente de la defensa del Estado...» [Smith (1994), p. 739].

⁶¹ Sin embargo, dado que la enseñanza universitaria no es siempre «útil», Smith dice que, de no haber sido por las instituciones universitarias, esas ramas del saber no habrían sido enseñadas en absoluto, con lo que tanto el individuo como la sociedad «habrían sufrido mucho por la falta de esas partes de la educación» [Smith (1994), p. 709].

⁶² Smith habla de la autogestión en la universidad: si la autoridad de la que depende el profesor reside en una corporación, colegio o universidad, de la que él mismo forma parte, y en la que la mayoría de los miembros son como él, profesores, entonces probablemente harán causa común para ser indulgentes unos con otros, y cada profesor consentirá en que el otro descuide sus obligaciones siempre que se le permita a él descuidar las suyas. «En la universidad de Oxford la mayor parte de los profesores oficiales hace mucho que han renunciado incluso a simular que enseñan» [Smith (1994), p. 704].

pp. 704-705]. El profesor debe ser independiente, pero también el alumno porque «Todo lo que fuerce a un cierto número de estudiantes a dirigirse hacia un colegio o universidad determinada, de forma independiente del mérito o reputación de sus profesores, tiende en alguna medida a disminuir la necesidad de ese mérito o esa reputación» [Smith (1994), p. 705]. Así pues, los centros privados, presionados por los alumnos y padres, deben ser mejores porque tienen el mayor interés posible en mantener una buena reputación [Smith (1994), p. 708]⁶³.

4. CONCLUSIÓN

En este artículo hemos mostrado que, aunque la reducción de los costes de transacción está en la naturaleza del desarrollo del circuito económico, Smith nos muestra que los costes de jerarquía o de imponer un sistema imaginado siempre son superiores a los de la libertad. La justicia y los derechos de propiedad no pueden establecerse por motivaciones economicistas: son fruto de la delegación en el poder judicial de un sentimiento de indignación causado por una injusticia, un sentimiento natural al hombre. Además, Smith no creía posible la existencia de incentivos artificiales al trabajo. Hemos afirmado que esto es así no sólo en la provisión de bienes privados, sino también en los públicos.

La jerarquía de las empresas que proveen bienes privados no incrementa la eficiencia respecto a los costes de transacción del mercado libre. Según Smith, sólo la acumulación de capital hace posible el progreso económico, que se realizará a través del ahorro y la frugalidad. Con Stigler, hemos visto que Smith afirmaba que el coste de coordinación es creciente y que la división del trabajo no produce grandes empresas. La división del trabajo resulta directamente de una propensión natural humana, y es por tanto previa a la acumulación, no su consecuencia; pero, una vez producida la división, el trabajo se divide más o menos en proporción al capital previamente acumulado.

Efectivamente, Smith no creía que la jerarquía pudiera incrementar la productividad. Para Smith el coste de jerarquía e inspección era muy alto. El caso que muestra los altos costes de jerarquía dentro de la empresa, el de jerarquía del capitalista respecto al gestor contratado en las Sociedades Anónimas es, incluso, insuperable para él. Para Smith, no

⁶³ Curiosamente, estudios realizados en EEUU por McCormick y Meiners (1988) con una variable «dummy» de universidades privadas demuestran lo contrario. Como se expone en Trincado (1994), los centros privados que necesitan introducir como variable clave en la selección de su alumnado su capacidad económica, suelen ser peores. En cualquier caso, estos centros tampoco se rigen por una financiación con tasas directas de los alumnos a los profesores, como defiende Smith.

es el menor coste de jerarquía «dentro» de la empresa lo que beneficia a la Sociedad Anónima, sino la facilidad de obtener grandes acumulaciones de capital «fuera» de la empresa, independientemente de cómo sea gestionada, lo que llevará a que las «peor gestionadas» Sociedades Anónimas absorban gran parte del capital colectivo, haciendo más insegura la economía. Es clara la relación entre la visión pesimista de la figura del empresario y esta visión pesimista de las empresas, pues, en tanto que un progreso seguro sólo es aquél que se basa en las acumulaciones del hombre prudente, el empresario, en demasiadas ocasiones, no es más que un proyectista o un aventurero y, en cualquier caso, como dijo Smith en otra ocasión, siempre prefiere confabular contra los intereses del público y monopolizar el mercado.

En las obras públicas, Smith no estaba hablando de un interés económico o de reducciones de los costes de transacción mediante un incentivo artificial, sino de un interés político de mantenimiento del Estado, que ayuda a que los incentivos naturales al comercio se pongan en movimiento por sí mismos. La razón última por la que el Estado debe construir y mantener las infraestructuras de comunicación es que el mantenimiento de la justicia y defensa de ataques exteriores o interiores se ven facilitados por la capacidad del hombre de trasladarse de un lugar a otro sin verse bloqueado ni por los ciudadanos de otro país ni por los del propio. Los mismos impuestos generales para obtener ingresos para este efecto deben establecerse teniendo muy en cuenta la regla de certidumbre para reducir la posibilidad de que la jerarquía sea costosa y los políticos utilicen su poder discrecionalmente.

En lo que respecta a las obras públicas que promueven la instrucción del pueblo, para Smith también el gasto en educación obligatoria busca que los trabajadores, cada vez más especializados, tengan capacidad de defender a su nación y administrar los asuntos públicos. Igual sucede con las diversiones de la gente del pueblo que, dice Smith, pueden impedir el fanatismo religioso porque es el hombre alegre, que atiende a la vida, el que no busca darle sentido en los grupos sectarios. Así pues, estos bienes no reducen los costes de transacción calculables *a priori*: simplemente, son necesarios para la existencia del Estado y, sin ellos, y supuestas las agresiones exteriores o interiores, no estaríamos ni siquiera hablando —en este caso escribiendo— dentro de una sociedad civilizada.

BIBLIOGRAFÍA

- AHMAD, S. (1996): «Smith's División of Labor and Rae's Invention: A Study of the Second Dichotomy, with an Evaluation of the First», *History of Political Economy*, 28 (3), pp. 441-458.

- ALCHIAN, A. A., y DEMSETZ, H. (1972): «Production, Information Costs and Economic Organization», *American Economic Review*, 62 (5) December, pp. 777-795.
- ALLEN, D. W. (1991): «What are Transaction Costs?», *Research in Law and Economics*, 14, pp. 1-18.
- (2000): «Transaction costs», en *Encyclopedia of Law and Economics*, Londres: Edward Elgar, 1, pp. 893-926.
- ALLEN, D. W., y LUECK, D. (1993): «Transaction Costs and the Design of Cropshare Contracts», *Rand Journal of Economics*, 24 (1), pp. 78-100.
- ANDERSON, G. M., y TOLLISON, R. D. (1982): «Adam Smith's Analysis of Joint-Stock Companies», *Journal of Political Economy* 90 (6), pp. 1237-1256.
- BREWER, A. (1991): «Economic Growth and Technical Change: John Rae's Critique of Adam Smith», *History of Political Economy*, 23 (1), pp. 1-12.
- CHEUNG, S. M. S. (1983): «The Contractual Nature of the Firm», *Journal of Law & Economics*, 26.
- COASE, R. H. (1994): *Essays on economics and economists*, Chicago y Londres: The University of Chicago Press.
- (1988): *The Firm, the Market and the Law*, Chicago: The University of Chicago Press.
- DE JASAY, A. (1990): *Social contract, free ride. A Study of the Public Goods Problem*, Nueva York: Oxford University Press.
- FOLEY, V. (1974): «The Division of Labour in Plato and Smith», *History of Political Economy*, 6 (2), pp. 220-242.
- (1975): «Smith and the Greeks: A Reply to Professor MacNulty's Comments», *History of Political Economy*, 7 (3), pp. 379-89.
- GARCÍA RUIZ, J. L. (1994): *Historia económica de la empresa moderna*, Madrid: Istmo.
- GOEL, U. (1997): *Economists, Entrepreneurs, and the Pursuit of Economy*, Heidelberg: European University Studies.
- GRISWOLD, C. L. (1998): *Adam Smith and the Virtues of Enlightenment, Modern European Philosophy*, Cambridge: Cambridge University Press.
- GROWNEWEGEN, P. (1977): «Adam Smith and the Division of Labour: A Bicentenary Estimate», *Australian Economic Papers*, December, pp. 161-74.
- GUTTRIDGE, G. H. (1932-3): «Smith's Thoughts on the State of the Contest with America», *American Historical Review*, 38.
- HAAKONSSON, K. (1981): *The Science of a Legislator: The Natural Jurisprudence of David Hume and Adam Smith*, Cambridge: Cambridge University Press.
- HARPHAM, E. J. (2000): «The problem of Liberty in the Thought of Adam Smith», *Journal of the History of Economic Thought*, 22 (2), pp. 217-237.
- HENDERSON, J. P., (1991): «Agency or alienation? Smith, Mill and Marx on the joint-stock company», en BLAUG, M., *Pioneers in Economics 12. Adam Smith (1723-1790)*, Edward Elgar: Aldershot, pp. 57-76.
- HOLLANDER, S. (1973): *The economics of Adam Smith*, London: Heinemann Educational Books.
- HOSSEINI, H. (1998): «Seeking the Roots of Adam Smith's Division of Labor in Medieval Persia», *History of Political Economy*, 30 (4), pp. 653-681.
- HUME, D. (1964a): *A Treatise of Human Nature being an attempt to introduce the experimental method of reasoning into moral subjects and Dialogues Concerning Natural Religion. The Philosophical Works. Vol. 1*, London: Scientia Verlag.
- (1964b): *The Philosophical works. Essays Moral, Political and Literary. Vol. 1*, London: Scientia Verlag Aalen.

- IPPOLITO, R. A. (1977): «The Division of Labour in the Firm». *Economic Inquiry*, 15 October, pp. 469-492.
- JENSEN, M. C., y MECKLING, W. H. (1976): «Theory of the Firm: Managerial Behavior, Agency Costs and Ownership Structure», *Journal of Financial Economics*, 3 (4), pp. 305-360.
- KHAN, M. S. (1954): «Adam Smith's Theory of Economic Development (in Relation to underdeveloped Economies)», *Indian Journal of Economics*, 34 April, pp. 337-42.
- KNIGHT, F. H. (1947): *Riesgo, Incertidumbre y Beneficio*, Madrid: Aguilar.
- LAMB, R. (1973): «Adam Smith's Concept of Alienation», *Oxford Economic Papers*, 25 (2) July, pp. 295-301
- LEATHERS, C. G., y RAINES, J. P. (1992): «Adam Smith on Competitive Religious Markets», *History of Political Economy*, 24 (2), pp. 499-513.
- LELOUP, S. (2002): «El liberalismo económico, a prueba en Bentham: Panóptico y mercado de crédito», *Télos. Revista Iberoamericana de Estudios utilitaristas*, 10 (2), pp. 7-20.
- LESLIE, T. E. C. (1863): «The Wealth of Nations and the slave power», *Macmillan's Magazine*, 7: 269-76.
- MCCORMICK, R. E., y MEINERS, R. E. (1988): «University Governance: A Property Rights Perspective», *Journal of Law and Economics*, 31, octubre.
- MCNULTY, P. J. (1975): «A Note on the Division of Labour in Plato and Smith», *History of Political Economy*, 7 (3), pp. 372-8.
- (1984): «On the Nature and theory of economic organization: the role of the firm reconsidered», *History of Political Economy*, 16 (2), pp. 233-253.
- MEEK, R. L., y SKINNER, A. S. (1973): «The development of Adam Smith's ideas on the division of Labour», *Economic Journal*, 1 (33).
- MONTE, L. (2004): *Adam Smith in Context. A Critical Reassessment of Some Central Components of His Thought*, Nueva York: Palgrave Macmillan.
- PACK, S. J., y SCHLIESSER, E. (2001): «Smith's Humean Criticism of Hume's Account of the Origin of Justice», *Journal of the History of Philosophy*, 39 (1) January, pp. 47-63.
- PERDICES, L., y REEDER, J. (1988): *El mercantilismo: política económica y estado social*, Madrid: Síntesis.
- PERELMAN, M. (1989): «Adam Smith and dependent social relations», *History of Political Economy*, 21: 3, pp. 503-520.
- PESCIARELLI, E. (1989): «Smith, Bentham and the development of contrasting ideas on entrepreneurship», *History of Political Economy*, 21 (3), pp. 521-536.
- POWNALL (1776): «A letter from Governor Pownall to Adam Smith, L. L. D. F. R. S. being an Examination of Several Points of Doctrine, laid down in his "Inquiry in to the nature and causes of the Wealth of Nations"». Apéndice A de *The Correspondence of Adam Smith*, Oxford: Clarendon Press.
- PRASCH, R. E. (1991): «The Ethics of Growth in Adam Smith's Wealth of Nations», *History of Political Economy*, 23 (2) verano, pp. 337-352.
- QUESADA, F. (dir.) (2002): *Naturaleza y sentido de la ciudadanía hoy*, Madrid: UNED.
- RAPHAEL, D. D. (1985): *Adam Smith*, Oxford: Oxford University Press.
- RASHID, S. (1986): «Adam Smith and the Division of Labour», *Scottish Journal of Political Economy*, 33 (3) August.
- (1992): «The Wealth of Nations and Historical Facts», *Journal of the History of Economic Thought*, 14 (2), pp. 225-243.
- ROSENBERG, N. (1965): «Adam Smith on the Division of Labour: Two Views or One?», *Economica*, 33 May, pp. 127-139.

- (1976): «Another Advantage of the Division of Labour», *Journal of Political Economy*, 84 (4) December, pp. 861-868.
- ROTWEIN, E. (ed.) (1970): *David Hume. Writings on Economics*, Madison: The University of Wisconsin Press.
- SANTOS, M. (1997): *Los economistas y la empresa. Empresa y empresario en la historia del pensamiento económico*, Madrid: Alianza Editorial.
- SCHABAS, M. (2001): «David Hume on Experimental Natural Philosophy, Money and Fluids», *History of Political Economy*, 33 (3), pp. 411-435.
- SCHUMPETER, J. A. (1971): *Historia del Análisis Económico*, Barcelona: Ediciones Ariel (1954).
- SKINNER, A. S. (1993): «Adam Smith: The origins of the exchange economy», *The European Journal of the History of Economic Thought*, 1 (1), pp. 21-46.
- SMITH, A. (1997): *La Teoría de los Sentimientos Morales*, Madrid: Alianza Editorial (1759).
- (1978): *Lectures on Jurisprudence. The Glasgow Edition of the Works and Correspondence of Adam Smith. Vol. V*, Oxford: Oxford University Press (1896): [LJ: LJ (A) de 1762-3; LJ (B) de 1766].
- (1998): *Ensayos Filosóficos*, Madrid: Editorial Pirámide (1795).
- (1987): *The Correspondence of Adam Smith. The Glasgow Edition of the Works and Correspondence of Adam Smith. Vol. VI*, Indianapolis: Oxford University Press, Liberty Classics.
- (1988): *Investigación sobre la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones. Vols. 1 y 2*, R. H. Campbell y A. S. Skinner editores, W. B. Todd, editor literario, Barcelona: Oikos-Tau (1776).
- (1994): *La riqueza de las Naciones*. Edición reducida de Carlos Rodríguez Braun, Madrid: Alianza Editorial (1776).
- SPENGLER, J. J. (1975): «Adam Smith and society's decision-makers», *Essays on Adam Smith*, Oxford: Oxford University Press, pp. 397-400.
- STIGLER, G. J. (1973): «La división del trabajo resulta limitada por la extensión del mercado», en W. Breit y H. M. Hochman, *Microeconomía*, México: Interamericana, lectura, n.º 10 (1951).
- STARK, W. (1952): *Jeremy Bentham's Economic Writings. Vol. 1*, Londres: Published for The Royal Economic Society by George Allen & Unwin LTD.
- (1954): *Jeremy Bentham's Economic Writings. Vol. 3*, Londres: Published for The Royal Economic Society by George Allen & Unwin LTD.
- TAYLOR, F. W. (1925): *La dirección de los talleres: estudio sobre la organización del trabajo*, Barcelona: Graf. Feliú y Susanna.
- TRINCADO, E. (1994): «Empresa Cooperativa (autogestionada) frente a empresa capitalista (jerárquica). El caso de la gestión de la universidad», *Documento de trabajo 9418*, Madrid: UCM.
- (2000): «El iusnaturalismo no utilitarista de Adam Smith», *Información Comercial Española*, 789.
- (2004): «Equity, utility and transaction costs: On the Origin of Judicial Power in Adam Smith», *Storia del Pensiero Economico*, 1 (1), pp. 33-51.
- (2005a): «Utility, money and transaction costs: Authoritarian vs libertarian monetary policies», *History of Economic Ideas*, 12 (1), pp. 57-77.
- (2005b): «La originalidad de la economía marginalista de Jeremy Bentham», *Procesos de Mercado. Revista Europea de Economía Política*, 2 (2), otoño, pp. 119-149.

- (2006): «Adam Smith's criticism of the doctrine of utility: A theory of the creative present», en L. Montes y E. Schliesser (eds.), *New Voices on Adam Smith*, Routledge: New York and London, pp. 313-327.
- TUTTLE, C. A. (1927): «The entrepreneur function in economic literature», *Journal of Political Economy*, August, pp. 504-505.
- WEST, E. G. (1964): «Adam Smith's Two Views on the Division of Labour», *Economica*, 31, pp. 23-32.
- (1975): «Adam Smith and Alienation: A Rejoinder», *Oxford Economic Papers*, 27 (2), pp. 295-301.
- (1976): «Adam Smith's Economics of Politics», *History of Political Economy*, 8, pp. 515-39.
- (1977): «Adam Smith's Public Economics: A Re-evaluation», *Canadian Journal of Economics*, 10 (1), pp. 1-18.
- (1996): «Adam Smith on the Cultural Effects of Specialization: Splenetics versus Economics», *History of Political Economy*, 28 (1), pp. 83-105.
- WILLIAMSON, O. E. (1975): *Markets and Hierarchies: Analysis and Antitrust Implications*, New York: Free Press.
- (1985): *The Economic Institutions of Capitalism*, Londres: Collier Macmillan.
- VIVENZA, G. (2001): *Adam Smith and The classics. The classical heritage in Adam Smith's thought*, Oxford: Oxford University Press (1984).